

de Caracas; en *El Figaro* y en la *Revista Contemporánea*, de La Habana; en *El Cubano Libre* y en *El Diario de Cuba*, de Santiago de Cuba; en la *Revista de las Antilas*, de San Juan de Puerto Rico.

Si basta esta ligera mención de los principales periódicos que fueron palestra honrosa del Maestro, basta también hablar sólo de los tres grandes ideales a que ha consagrado sus largas luchas periodísticas: el *Antillanismo*, la libertad de Cuba y el nacionalismo dominicano. Tres grandes ideales y en el corazón un sólo sentimiento, que por un sólo tallo se sustenta el trébol.

Complemento de su vida de periodista fué su vida de orador, no de la tumultuosa tribuna política, sino de la puramente civilista y doctrinaria, en la que se distinguió desde la mocedad. Sus piezas oratorias son elogios de héroes y de hombres de letras, manifestaciones culturales, afanes nacionalistas, páginas de historia cívica en que ponía siempre el corazón más que el pensamiento. Por eso sus admirables y sinceras improvisaciones conquistaron tanto aplauso.

Gran difundidor de cultura, le llamó su ilustre sobrino el humanista Pedro Henríquez Ureña. En efecto, pocos dominicanos han hecho tanto, en todo cultural empeño, como el ilustre amigo de Martí. En periódicos, en revistas y libros siempre se dió a la noble tarea de dar a conocer la producción intelectual nuestra así como la extraña. De ahí que su nombre haya sido el de mayor renom-

bre fuera de su patria, salvo, en nuestros días, el de Henríquez Ureña, cuyo sepulcro acaba de abrirse. —11 de mayo de 1946,— en la lejana Buenos Aires.

La vida de Federico Henríquez y Carvajal abarca todas las actividades del intelecto en la República: maestro, periodista, juez, Secretario de Estado, legislador, abogado, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Rector de la Universidad, Presidente de la Academia de la Historia, Presidente de diversas corporaciones, Director de la Escuela de Bachilleres, miembro de academias y de ateneos, galardonado tantas veces en el país y en el exterior, y autor de no escasas obras tanto en prosa como en verso (*).

La llama de su espíritu está aún encendida, vencedor del desencanto, no obstante la noche de sus ojos. Cerca de un siglo y todavía en plena lucidez, tiene el mismo interés de antes y experimenta el mismo gozo por las cosas del pensamiento.

(*) Acerca de su vida y de su obra, véase, particularmente, Vicente Lloréns Castillo, *Antología de la literatura dominicana*, vol. 18, p. 243-246, de la Colección Trujillo, (Santiago, 1944), dirigida y nominada por M. A. Peña Batlle; Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945; y nuestra compilación, *Hostos en Santo Domingo*, C. T., 1939-1942, 2 vols. Además de los libros de Henríquez y Carvajal citados en estas tres obras deben mencionarse dos publicaciones recientes del Maestro: *Duarte, próceres, héroes y mártires de la independencia*, C. T., 1944, 243 p.; y *Martí, próceres, héroes y mártires de la independencia de Cuba*, C. T., 1945, 342 p.

DISCURSO DE FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL PRONUNCIADO EN EL BALUARTE, EN EL ACTO DE TRASLACION DE LOS RESTOS DE MELLA, EL 27 DE FEBRERO DE 1891.

Venciste, ¡oh Dios, qué gloria!
Venciste, ¡Patria!, y tu preclaro nombre,
con destellos de luz graba la historia
y le tributa admiración el hombre.

Salomé Ureña de Henríquez.

Conciudadanos:

Alzad, —ya que os anima y mueve el sacro espíritu de la Patria— alzad el corazón a la altura de la Independencia, cuyo augusto símbolo es esa cruzada tricolor bandera, la de nuestras glo-

rias, y cuya síntesis de piedra es el histórico Baluarte que en este acto —¡inmerecida honra!— me sirve de tribuna excelsa.

Alzad el corazón y oíd, conciudadanos:

"En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente; juró



y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules, atravesado con una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: "Dios, Patria y Libertad". Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja; y si no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo".

Acabáis de oír el voto de conciencia, cuya fórmula se le debe al Fundador de la República, que en memorable día —el primero en el génesis de la Patria— hicieron los jóvenes Trinitarios, puesta la fe en la justicia de su causa y la esperanza en el infatigable heroico despertar de todo pueblo histórico.

Mella fué de aquel núcleo de patriotas convencidos, de aquella legión de zapadores esforzados.

Juró, por su honor, consagrarse, todo él, al servicio de la redentora idea, y vedle cómo, desde que se inicia el laborioso período de la propaganda, despliega la enérgica actividad de su espíritu en la difusión del pensamiento revolucionario y en la conquista de futuros próceres y héroes y mártires de la Independencia Nacional.

El Cibao fué campo de acción. No lejos del Yuna estaba el misionero separatista, cuando la delación artera pretendió que abortase el plan revolucionario. Y mientras el Jefe de la Revolución se libraba del cadalso, merced a previsor ostracismo, iba Mella, en cuerda de presidio, a purgar en inmundas mazmorras el feo delito de ser patriota y ser dominicano.

A poco, restituído al goce de aparente libertad, recorría los comarcas del Sur, infundiendo, con la suya robustísima, la fe en el triunfo de la noble causa.

Luego...

*¡Oh fausto y glorioso día!
El sol de la independencia
se alzó radiante en "El Conde"
y disipó las tinieblas
que condensara fatídica
dominación extranjera.*

*"Aquí" nació la República
de toda mancilla ajena,
hermosa como una virgen
scñada por los poetas,
la frente viril ceñida
de mirto y laurel austera,
vibrando palmas de triunfo,
heroica sobre la arena,
benigna si vencedora,
de dicha y paz mensajera.*

*"Aquí" nació de los libres
la Patria gentil y bella.*

*"Aquí" se entrevió sin nubes
el porvenir de Quisqueya (*).*

Saludemos, compatriotas, la prístina aurora espléndida de la Patria libre.

¡Gloria al magno 27 de Febrero de 1844!

Sobre este Baluarte, Sinaí de los derechos inmanentes del pueblo dominicano, proclamó Sánchez la independencia nacional, y tremoló Mella, con mano viril, el lábaro de las futuras insignes victorias de la República. Aquí, apacentando su espíritu en un mismo purísimo ideal, acendrando su conciencia incontaminada en el deber del sacrificio, asociando el prestigioso nombre del iniciador al feliz alumbramiento de su salvadora idea, aquellos jóvenes abnegados debieron, sin duda, repetir el juramento de los Trinitarios, el voto concienzudo de inmolar reposo y bienes y hogar y juventud y vida en aras de la Patria independiente y soberana.

Y lo cumplieron.

Seguid a Mella, ora como soldado en ombas guerras reivindicadoras, o ya como ciudadano de la República, y le veréis descollar por sus superiores dotes de carácter.

Espíritu organizador, actividad infatigable, valor indómito, lealtad caballeresca, legendaria

(*) De un romance del autor.



intrepidez y probidad integérrima—, lo que vale decir: virtuoso patriotismo—, informaban los organismos morales de su naturaleza, forjada en el molde escultórico de los héroes.

¿Organizador?

Acababa de firmar, como presidente de la Junta Central Gubernativa, en el día tercero del advenimiento de la República, el decreto de llamamiento y de honores al Padre de la Patria, y fué para el Cibao, como delegado del gobierno, puesta la mira en la organización militar de aquel departamento.

Y organizaba la defensa de Santiago, al aparecer de súbito, en formidable actitud bélica, el ejército invasor del noreste en las inermes comarcas cibaenas. A no ser por su celosa actividad organizadora, que le condujo a diversos lejanos puntos del Cibao en solicitud de elementos para la lucha, suyos habrían sido los inmarcesibles laureles del triunfo que obtuvo para sus sienas otro invicto héroe en la célebre gran batalla del "30 Marzo".

¿Activo?

Una brigada de los vencedores en "Talanquera", destacada por él del triunfante ejército del Norte, cruzó la virgen cordillera y el valle de Constanza para caer en el de La Maguana y coadyuvar a la reocupación de Azua por Duvergé y al contrapronunciamiento de Neiba por Tabera.

Años después, como ministro de la Guerra en campaña, creó y organizó el general Ramón Mella la estratégica, quizás inexpugnable, original trinchera del "Duro" famosa en los fastos de la Restauración.

Su valor solía rayar en épica altura.

¿No le veis, al iniciarse la tercera campaña de la Independencia, siendo Jefe de operaciones en "Las Matas", disparar por su propia mano el último cartucho, clavar la artillería, e invertir once días en bizarra retirada, salvando su división, hasta hacer firme en el "Paso del Jura?"

Emulo fué allí de Xenofonte.

"Sabana del Pajonal", "Cañada-honda" y

"Jura" pregonan su denuedo y heroísmo: "Las Carreras", su briosa intrepidez.

De su lealtad y su adhesión a Duarte responde su proclamación, en el Cibao, como presidente de la República, en aquella hora triste en que reaccionario personalismo pugnó por imponerse, como se impuso, en daño de la fraternal armonía de los próceres y soldados de la recién nacida República.

Pulcritud fué su divisa al pasar, con manos puras, por el ministerio de Hacienda; y probidad su escudo, cuando sostuvo con el gabinete de Madrid gallarda justa diplomática en pro del reconocimiento de la nueva entidad política del archipiélago antillano.

De ruda lealtad y de modestia altiva dió prueba elocuente en excepcional momento histórico:

Eran los días de la falaz matrícula (*), iniquidad e ignominia, explotada por el odio o el despecho del personalismo de abajo, consentida por el miedo o el error del personalismo de arriba, que puso en inminente riesgo la nacionalidad, que minó por sus cimientos la que debía ser base inmovible del Estado.

Cerníase abrumador desprestigio sobre el gobierno. La crisis culminaba. Vientos de tempestad agitaban desenfrenados la atmósfera política. ¿Cómo descargarla del fulmíneo rayo que en su seno se escondía?

Sonó esta palabra, dictadura.

Pero... ¿Y quién el dictador?

De algunos labios, de algunos corazones tal vez, salió el nombre del patriota general Mella.

¡Imposible!

Su desasimiento del poder público, su altivez republicana, su respeto a la ley, su culto a las doctrinas democráticas, le vedaron asumir las responsabilidades históricas de la dictadura.

¿Obró bien? ¿Obró mal?

(*) Se refiere a la matrícula de nacionalidad abierta por el cónsul español Segovia, en la que, con el pretexto de librarse de persecuciones políticas, se inscribieron numerosos dominicanos, creando así una difícil situación al Gobierno.

No sería temerario inducir que su negativa no turbó jamás la estoica serenidad de su conciencia.

La anexión inconsulta le halló en su puesto: el que le señalaba el índice inexorable del deber.

Mella, Trinitario, debía esforzarse por impedir que extraña enseña sustituyese a la invicta de Febrero. Y se esforzó, arrojando excusas o consejos de cobardía, e iras o conminaciones de muerte; pero la fulgurante estela de su espada se apagó en el abismo de estupor que el hecho insólito produjo.

No se arredró por ello.

Soldado de austera disciplina, quedó de pie, arma al brazo, oído alerta, presto a acudir al toque de la diana, resuelto a disparar el primer tiro de alarma y a vencer o morir en nueva nacional contienda.

Y cuando Capotillo, montaña vengadora, surgió de lo ignoto, como amasada y animada con la ubérrima sangre del triple calvario de San Juan y Moca y Santiago, y el fuego de sus entrañas y de su cumbre prendió en la homérica ciudad de los Caballeros—¡supremo holocausto del patriotismo!—y el Cibao estalló en ira de apocalipsis, ¡ah! apareció Mella, como apóstol y soldado, en el tremendo escenario de la guerra restauradora.

En él estuvo, multiplicándose por su actividad y su energía, hasta caer exánime en el redimido jirón de suelo en que ondeaba la bandera de la Patria.

El vaso fuerte que contuvo aquel espíritu fortísimo, se rompió a destiempo bajo la ponderosa presión de una existencia de sacrificios, o por efecto de las asfixiantes temperaturas del dolor.

Murió el patriota insigne en lo más recio de la cruenta lidia, y es fama que desde su lecho de agonías, en el delirio de la fiebre, seguía con ansiedad extrema las varias peripécias del desigual combate.

—“Aún hay patria”,— se le oyó balbucir, muriendo—, “¡Viva la República Dominicana!”

Y se envolvió, como el mártir perillustre del Cercado, en un sudario de redención y de gloria: la bandera nacional.

De Santiago —la egregia restauradora—, en donde yacían los despojos mortales del prócer, llegan hoy en procesión cívica triunfal a Santo Domingo —la emancipadora eximia—, por iniciativa de la benemérita sociedad patriótica “Hijos del Pueblo” y por la voluntad de la nación agradecida, para ocupar tumba de honor en la Capilla de la Catedral Primada, que la piedad y el patriotismo han convertido en el Panteón del Fundador, del Caudillo y del Adalid de la Independencia.

Mella, como Sánchez, como Duarte, es digno de la apoteosis que en este día, 47º aniversario del advenimiento de la República, le consagra la gratitud reflexiva y edificadora de sus compatriotas, porque él fué servidor —de robusta fe, de superior civismo, de convicción profunda, perseverante y abnegado— de la Patria Dominicana; porque él es un óptimo ejemplo de virtudes eminentes, como patricio y ciudadano.

Id, venerandos restos del Adalid preclaro, que, al pasar por el Baluarte Cuna de la Independencia, ungido ya como el preeminente monumento histórico de la República, acaso habéis palpitado de providencial emoción patriótica; id a descansar en el sagrado templo, en la capilla de los inmortales, mientras el espíritu del bueno que os animó en el mundo arroba nuestras almas y entra y se exulta en el templo augusto de la inmortalidad.

En el uno te esperan, dominicano ilustre, el maestro de ideal y de patria y el maestro de nacionalidad y de martirio... en el otro te aguarda, para laurearte con las palmas que se disciernen al máximo deber cumplido, la justiciera Musa de la Historia.

